

## **PRIMERA PARTE**

### **REFLEXIONES SOBRE “EN LA COLONIA PENITENCIARIA” DE FRANZ KAFKA**

<b>I</b>	.....	<b>13</b>
<b>II</b>	.....	<b>17</b>
<b>III</b>	.....	<b>31</b>
<b>IV</b>	.....	<b>37</b>

## **PRIMERA PARTE**

# **REFLEXIONES SOBRE “EN LA COLONIA PENITENCIARIA” DE FRANZ KAFKA**

Si realmente existieran configuraciones sociales que ignorasen el medio de la violencia habría desaparecido el concepto del “Estado” y se habría instaurado lo que, en este sentido específico, llamaríamos “anarquía”. La violencia no es, naturalmente, ni el medio normal ni el único medio de que el Estado se vale, pero sí es su medio específico. Hoy, precisamente, es especialmente íntima la relación del Estado con la violencia. En el pasado las más diversas asociaciones, comenzando por la asociación familiar (*Sippe*), han utilizado la violencia como un medio enteramente normal. Hoy, por el contrario tendremos que decir que el Estado es aquella comunidad humana que dentro de un determinado territorio (el territorio es elemento distintivo), reclama con éxito para sí el monopolio de la *violencia física legítima*.

Max Weber<sup>1</sup>

## I

Cualquier acontecimiento, asunto o tema puede ser materia de una obra literaria. Algunas resaltan por su riqueza temática o virtuosidad expositiva, lo que permite que el lector realice complicadas asociaciones y encuentre insomorfismos entre un plano intelectual y otro

<sup>1</sup> Weber, M., *La política como vocación*, trad. Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1967, p.83.

distinto (que más adelante se explicarán), produciendo con ello un complicado juego especular en donde diversos mundos posibles encuentran inusitadas conexiones. Esta es la función de la metáfora. Ella es una incrementación del símil o de la comparación. Es el cumplimiento de la unidad que el símil presenta tímidamente, sin convicción, lo que la hace misteriosa.

Si un conjunto de características a, b, c,... que pertenecen a un objeto determinado es similar o tiene una estructura semejante o, lo que es muy importante, en un sujeto produce impresiones iguales o emparentadas con otro conjunto de características a', b', c',... de otro objeto, el símil o la comparación presenta tal semejanza con la palabra "como". El objeto X es como el objeto Y en Z-característica: en esta fórmula se encuentra dibujada la estructura del símil. Podríamos denominar a X el "módulo" o el "centro" a Y la "apariencia" y a Z el "criterio". Entonces, en el símil un módulo es correlacionado o comparado con una apariencia bajo un criterio determinado.

El símil coordina un objeto con otro, los compara y encuentra entre ellos cierta similitud. "Pedro es valiente como un león", "Raúl es fuerte como un elefante", etcétera. Si comparamos esos símiles con el esquema general tendremos esta figura:

"Pedro es como un león en lo valiente"  
X es como Y en Z

La metáfora también compara. Nace del símil. Se incuba en él, pero surge con una figura distinta, pues cambia de ropaje y oculta varias cosas.

En primer lugar, en la metáfora, aunque un objeto es comparado con otro, o una característica es comparada con otra, ambos se identifican, o una sustituye a la otra. Es verdad que "Julieta es como el sol", pues es inalcanzable, es ardiente, es deslumbradora; produce que Romeo sepa lo que desea o aspira a la manera como una luz nos permite identificar el camino, etcétera. Hasta aquí he presentado un símil. Pero la metáfora da un salto hacia adelante, exagera, vocifera, pone en tensión el mecanismo del símil y se atreve a decir: Julieta

es el sol". Julieta es identificada con el sol. Se dice que es el sol, no que se parece al sol o que es como el sol. Tomada literalmente la expresión es imposible, es más, es absurda.

La hermosa niña de Verona no es una estrella. Sin embargo, Shakespeare se atreve a tal identificación. Ya no X es como Y en Z, sino X es Y.

En segundo lugar, en el símil el criterio de comparación es explícito. Julieta es como el sol en lo ardiente o en lo inalcanzable. En la metáfora, el criterio se mantiene oculto detrás de la cortina de la identificación y, en principio, se ignora cuál sea. El símil se ofrece impudicamente. La metáfora es recatada, silenciosa, encubre mucho, tiene un misterio que hay que desentrañar. Tiene la cara de la esfinge y hay que mirar intensamente sus ojos enigmáticamente oscuros. Frente al símil, el sujeto está en actitud pasiva y recibe simplemente lo que se le entrega como si fuera una donación. En la metáfora, tiene que participar, que actuar y desentrañar el criterio de comparación, buscarlo entre los elementos lingüísticos y encontrarlo. Mejor aún, tiene que construirlo, pues no le es dado.

En tercer lugar, el criterio, ¿por qué "el criterio", así en singular? Pueden ser varios, muchos, más de los que cada cual con su propia perspectiva puede crear. A partir de su historia, cada sujeto pone en la metáfora los criterios derivados de su propia experiencia, para construir un cosmos unitario. Tienen que recrearlos. Esto permite que el juego acontezca, un juego serio y lleno de posibilidades inagotables, en este sentido: puede haber complejidad en las metáforas. Hay unas simples que se achatan hasta el símil. Otras muy complejas que se incrementan sorprendentemente y construyen un universo entero, réplica especular de otro, y entre ambos es el hombre el que juega, el que unifica.

Esta última expresión es muy importante y señala un aspecto central. La actividad poética, creo yo, en principio y esencia, no es distinta de la científica. Ambas unifican, pero con principios diferentes. La ciencia lo hace conceptualmente y puede llegar a tener una gran hermosura. El arte unifica conceptual y sentimentalmente.

Quiero explicar brevemente esto con un ejemplo. La óptica y las teorías sobre la electricidad y el magnetismo aparecieron paulatina-

mente, fijando hechos, construyendo hipótesis para explicarlos, prediciendo fenómenos, etcétera, pero cada una de manera independiente. Newton creó la óptica científica y Faraday unificó la electricidad y el magnetismo, estableció sus relaciones y determinó sus efectos recíprocos. Posteriormente, un joven matemático, J.C. Maxwell, realizó la hazaña de crear una teoría matemática completa del electromagnetismo. Con esta teoría pudo predecir la existencia de ondas electromagnéticas. Su teoría absorbió a la óptica, pues la luz fue concebida como una onda electromagnética.

El arte unifica también, pero transcurre por otros caminos. Es sabido que existe una emoción asociada a cada palabra; los vocablos tienen una resonancia emotiva, un tinte específico que puede provenir del solo esfuerzo de decirlas y del método utilizado para aprenderlas. Si ante la vista de un sujeto que ha sufrido un accidente, o a golpes del padre, un niño aprende la palabra “rojo”, es muy probable, por simple condicionamiento, que dicha palabra vaya acompañada de miedo o angustia. Si generalizamos, entonces tenemos una puerta de entrada pragmática para el entendimiento de la metáfora. Supóngase que dos palabras, A y B, han sido aprendidas con cierto método. Necesariamente, si lo dicho en el párrafo anterior es correcto, ambas tendrán una común resonancia emocional. El sentimiento del sujeto puede ser idéntico o con la suficiente similitud, como para que, al escuchar una de ellas evoque ineludiblemente a la otra.

Esta similitud o identidad emotiva no sólo se presenta con las palabras sino frente a cualquier objeto. Esto puede explicar esa extraña sensación, que a menudo acontece, de haber ya vivido una situación similar, de la cual no se recuerda nada, una especie de *déjà vu*. Frecuentemente, la cara de una persona enciende en nosotros luces emocionales que la situación particular no tiene por qué producirlas; el pasado nos cae encima y nos motiva a conductas que no responden a la realidad presente.

En estos casos, el mecanismo que origina la metáfora está presente. El hombre es la “caja negra” productora de metáforas. Ignoramos el mecanismo interno, neurofisiológico, de ello, pero el resultado observable es la metáfora. Es posible explicar al hombre como mecanismo productor de metáforas, atendiendo a los principios

de la psicología del aprendizaje. Si un vocablo, un acontecimiento, una percepción tienen un efecto específico en un sujeto, similar al efecto producido por otro acontecimiento, percepción o vocablo, entonces se dan las condiciones para el surgimiento de la metáfora, en donde el criterio, entendido a la manera como antes se definió, se encuentra en el estado sentimental del productor de la metáfora. La similitud o identidad sentimental permite al creador de la metáfora correlacionar los objetos, las palabras o los acontecimientos causantes de dicha identidad o similitud y operar la sustitución de unos con otros, de modo que aquéllos ocupan el lugar de éstos. El mundo real es sustituido por otro mundo posible, por un cosmos aparente, creado en libertad, que refleja los obstinados hechos reales a los cuales la metáfora se refiere. El mundo es recreado en otro plano, el de los símbolos o del lenguaje, y la función adánica primordial de nombrar, es reactualizada en la obra de arte.

Esto tiene ventajas, pero no puede descartarse la mancha de la incomprensión. Quizá existan metáforas imposibles para un sujeto, si carece de un criterio de similitud para relacionar los términos dentro del incremento identificatorio de la metáfora.

La diversidad humana es tan grande que una metáfora no se agota en un sujeto o en un tiempo determinado. Puede enriquecerse posteriormente, cuando otros sujetos establezcan los nuevos criterios subyacentes en las identificaciones poéticas. Se trata, en verdad, de una creación. Ninguna gran metáfora agota en un tiempo la riqueza de su contenido. Es un pozo cuya hondura no se conoce y cuya agua mana paralela al transcurso de la historia. El hombre de cada cultura es el fontanero que ha de extraer su riqueza.

## II

Esta extensa introducción es el fundamento de lo que se dirá sobre la pequeña obra de Kafka que lleva por título “En la colonia penitenciaria”. Fue escrita en octubre de 1914, dos meses después de la iniciación de la Primera Guerra Mundial y fue el producto de una

semana de licencia que pidió para escribirla a la Institución Aseguradora de Accidentes de Trabajo del Reino de Bohemia en Praga.

Esta narración es una gran metáfora, una metáfora perfecta. Intentaremos describirla, utilizando las propias palabras de Kafka, con el fin de que el lector pueda ejercitar, simultáneamente con el autor de este ensayo, sus propias asociaciones. Debo advertir al lector que el asunto es de la más alta gravedad y toca temas centrales de la vida de cada quien.

Es pertinente consignar la opinión de Walter H. Sokel sobre el tema central de las obras de Kafka. Señala que el asunto fundamental de sus escritos es la siempre renovada confirmación de las relaciones entre un Yo impotente y un poder apabullante. (“... *die immerwieder neu gestaltete Beziehung eines machtlosen Ichs zu einer überwältigenden Macht*”).<sup>2</sup>

A esta afirmación la preceden otras dos. Sokel pretende demostrar, en su voluminoso libro, que los escritos de Kafka son una proyección, en forma transfigurada, de su vida interior, como acontece con los sueños. De esta manera trascendió lo privado y meramente personal y alcanzó una significación universal. Dice que el tema de sus escritos es la relación del Yo con el padre, es decir, con la autoridad. No debe olvidarse que Kafka realizó estudios de jurisprudencia y que en muchas conversaciones con Gustav Janouch tocó temas políticos y sociales muy importantes.

La pequeña obra que analizaremos se refiere a diversos problemas relacionados con el castigo. Hablamos en plural porque presenta un modelo de las diversas relaciones en que se encuentra el castigo de un hombre con otros elementos. Hablamos de un modelo porque nos describe un aparato singular de castigo y las relaciones que diversas personas tienen con tal aparato especialísimo.<sup>3</sup>

En el cuento aparecen cuatro personajes: el explorador (*Forschungsreisender* -viajero investigador-), el oficial, un soldado y el

2 Sokel, Walter W., *Franz Kafka Tragik and Ironie*, Filher Verlag, p.7.

3 Los textos serán citados en español, en la traducción hecha por Wilcook, J. R. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1976.

condenado. Son mencionados, adicionalmente, dos comandantes de la colonia penitenciaria: el fundador y el que está en funciones. El fundador ha muerto cuando se desarrolla la cadena de acontecimientos que se relatan y el otro sólo es mencionado en varias ocasiones por el oficial. Entre ambos existe una oposición de políticas en lo que se refiere al uso del aparato de castigo.

Con estos elementos, Kafka nos presenta un modelo aterrador de los castigos que el hombre inflige al hombre y, creo yo, del aparato coactivo del Estado, de todo Estado, pero en especial del Estado totalitario. Adicionalmente, señala los efectos que el castigo tiene en los sujetos castigados, y, por último, la proyección ineludible del proceso revolucionario en un Estado de tal naturaleza. Con ello da por supuesta una determinada concepción del Estado. Éstos son temas centrales en la historia del hombre y la prognosis de tal estado de cosas es escalofriante.

Kafka es un artista, es un literato; por tanto, no es un científico social. Su concepción de estos temas la presenta en forma visual, metafórica, con un modelo consistente en una serie de relaciones concretas entre los personajes de la obra con motivo del funcionamiento del aparato singular, cuya descripción detallada se lleva a cabo en varias páginas.

Este modelo es la apariencia de la metáfora. El criterio lo intentaremos describir en este ensayo y el módulo será el Estado como aparato coactivo y los efectos del mismo en los hombres sometidos o relacionados con él.

Dejemos que Kafka nos presente el problema:

-Es un aparato singular- dijo el oficial al explorador, y contempló con cierta admiración el aparato, que le era tan conocido.

El explorador parecía haber aceptado sólo por cortesía la invitación del comandante para presenciar la ejecución de un soldado condenado por desobediencia e insubordinación hacia sus superiores. En la colonia penitenciaria no era tampoco muy grande el interés por esta ejecución. Por lo menos en ese pequeño valle, profundo y arenoso, rodeado totalmente por riscos desnudos, sólo se encontraban, además del oficial y el explorador, el condendo, un hombre de boca grande y aspecto estúpido, de cabello y rostro descuidados, y un soldado, que sostenía la pesada cadena donde convergían las cadenas que retenían al condenado por los tobillos y las

muñecas, así como por el cuello, y que estaban unidos entre sí mediante cadenas secundarias. De todos modos, el condenado tenía un aspecto tan caninamente sumiso que, al parecer, hubieran podido permitirle correr en libertad por los riscos circundantes, para llamarlo con un simple silbido cuando llegara el momento de la ejecución.

Así comienza la obra. Lea el lector de nuevo estos párrafos, con cuidado e imagine, asocie, relacione y, entonces, comenzará a encontrar significaciones novedosas de gran riqueza, como cuando reflexionamos sobre los acontecimientos que ocurren en un sueño, o cuando dejamos que nuestra vista interior recorra las imágenes que salen a la luz desde el túnel oscuro del pasado, inquietadas por un acontecimiento trivial del presente.

El explorador!... no estaba interesado. Había aceptado “sólo por cortesía” para el comandante de la colonia penitenciaria, presenciar la ejecución de un soldado que había sido condenado por desobediencia e insubordinación hacia sus superiores.

La ejecución misma de un hombre carece de interés. Incluso, aunque le va la vida a un hombre -y ya veremos de que manera la perderá-, pues parece que el hombre es un bien fungible y sin valor para otros hombres, “en la colonia penitenciaria no era tampoco muy grande el interés suscitado por esta ejecución”. Más adelante Kafka hace decir al oficial:

¡Qué diferente era en otros tiempos la ejecución! Ya un día antes de la ceremonia, el valle estaba completamente lleno de gente; todos venían sólo por ver; por la mañana temprano aparecía el comandante con sus señoras; las fanfarrias despertaban a todo el campamento; yo presentaba un informe de que todo estaba preparado; todo el estado mayor -ningún alto oficial se atrevía a faltar- se ubicaba en torno de la máquina; este montón de sillas de mimbre es un mísero resto de aquellos tiempos. La máquina resplandecía, recién limpiada; antes de cada ejecución me entregaban piezas nuevas de repuesto. Ante cientos de ojos -todos los asistentes en puntas de pie, hasta en la cima esas colonias- el condenado era colocado por el mismo comandante debajo la rastra (parte del apartado que se describirá más adelante). Lo que hoy corresponde a un simple soldado, era en esa época tarea mía, tarea del juez presidente del juzgado, y un gran honor para mi, y entonces empezaba la ejecución. Ningún ruido discordante afeaba el funcionamiento de la máquina. Muchos ya no miraban;

permanecían con los ojos cerrados, en la arena; todos sabían; ahora se hace justicia.

El explorador tampoco “se interesaba mucho por el aparato y se paseaba detrás del condenado con visible indiferencia”. Es comprensible, se trata de un extranjero condescendiente, que por amabilidad ha sido forzado a presenciar la ejecución de un hombre, acontecimiento muy desagradable y fuera de un campo de interés. En realidad observará el sistema judicial de un Estado que no es el suyo. Dice Kafka que:

...no era miembro de la colonia penitenciaria ni ciudadano del país al que ésta pertenecía. Si pretendiera emitir juicios sobre la ejecución o tratara directamente de obstaculizarla, podrían decirle: “Eres un extranjero, no te metas”. Ante esto no podía contestar nada, sólo agregar que realmente no comprendía su propia actitud, ya que viajaba con la mera intención de observar y de ningún modo pretendía modificar los métodos judiciales de los demás.

Por lo tanto, como extranjero no debía inmiscuirse en los asuntos internos de la colonia penitenciaria, pues no eran asuntos propios ni nacionales, en los que pudiera tener algún interés, ni siquiera el derivado de la fría consideración de poder eventualmente encontrarse en la situación de ser el sujeto pasivo de una ejecución como la que presenciara. Se trata de la frialdad e indiferencia humanas por el destino de otros hombres. Como extranjero, es un extraño. El condenado no es su prójimo, es decir, su próximo, sino el lejano, con el cual no puede identificarse, pues ni siquiera hablaba su propio idioma, “...ya que el oficial hablaba en francés, ni el soldado ni el condenado entendían el francés”. Es un bárbaro, el sentido griego de la expresión, pues no habla. El condenado carece de cualidades humanas. Tiene actitudes caninas y se le puede llamar como a un perro; con un silbido, no con un vocativo, como se llama a un hombre o a un igual.

Obsérvese que el extranjero, de hecho, no se inmiscuye en los asuntos de otro Estado, en especial, de su sistema judicial. Se abstiene de juzgar por respeto al principio de no intervención. Pero veremos más adelante que este principio, para Kafka, es hipócrita,

es mendaz, en tanto sólo es invocado si beneficia los intereses de un Estado o sujeto extranjero.

Para completar la imagen, veamos lo que dice Kafka a continuación, tocando el tema del humanitarismo.

La justicia del procedimiento y la inhumanidad de la ejecución era indudables. Nadie podría suponer que el explorador tenía algún interés personal en el asunto, porque el condenado era para él un desconocido, no era compatriota suyo y ni siquiera capaz de inspirar compasión.

Debemos tocar otro punto respecto del explorador, “Viajaba con la mera intención de observar...” No quería comprometerse ni inmiscuirse en asuntos no propios, incluyendo en estos a los humanos en general, no a los nacionales. El extranjero es un viajero investigador. No puede dejar de notarse la total oposición de funciones que Kafka atribuye al extranjero y las que Georg Simmel describe en su ensayo “El Extranjero”.

El Extranjero ...no es discutido aquí como el viajero que llega hoy y se va mañana, sino más bien como la persona que llega hoy y se queda mañana. Él es, por así decirlo el viajero potencial. ...en el fenómeno del extranjero es organizada la unidad de cercanía y lejanía que está implícita en toda relación humana, de una manera que puede ser brevemente formulada diciendo que en relación con él, la distancia significa que estando cerca, está lejos y lo extranjero significa que él, que está lejos se encuentra de hecho cerca.

Otra expresión de esta constelación consiste en la objetividad del extranjero. Él no está comprometido radicalmente a los ingredientes únicos y las tendencias peculiares del grupo y, consecuentemente, las considera con una actitud específica de objetividad.<sup>4</sup>

Pero la objetividad no implica simplemente pasividad y desprendimiento; es una estructura particular compuesta de lejanía y cercanía, de indiferencia y compromiso; la objetividad de ninguna manera significa no participación (la que de cualquier manera está fuera de

4 Tomado de *A poetic for sociology* de Richard H. Brown, Cambridge University Press, 1977, p.53.

## LA CONDUCTA DEL JABALI

23

una integración objetiva y subjetiva), sino una especie de participación positiva y específica.

La figura del explorador no es la del extranjero de Simmel, sino la del extraño indiferente, que no tiene interés ni quiere conocer. No es la actitud del antropólogo, del sociólogo o del historiador, del científico en general, que quiere conocer con objetividad y, por tanto, está profundamente interesado. Éste viaja para poder experimentar y hacer juicios verdaderos. Nuestro explorador “tuvo” que aceptar la invitación del comandante, para fines políticos, no para fines cognoscitivos. Por tanto, el explorador era extranjero, ajeno, indiferente, despegado, inhumano, sin compasión, adiafórico, pues no quería ni podría tener ningún interés político, es decir, en el uso, manejo o adquisición del poder. Se trata de la fría indiferencia del poderoso para aquéllos que están fuera de la relación de poder. El explorador, en el decurso de los acontecimientos narrados en el cuento, únicamente tiene actitudes de abstención de negarse a participar, de no colaboración ni con el oficial, ni con el comandante y termina huyendo, sin decir una palabra, separándose en definitiva de todos, alejándose violentamente de esa colonia penitenciaria que no es la suya, es decir, su propio Estado. Tiene la lejanía y la ausencia de un dios. Los asuntos humanos no le incumben.

Es casi imposible dejar de pensar en el extranjero que aparece en los diálogos tardíos de Platón, en especial, en *La República*, *El Político* y *Las Leyes*, como el legislador, autocrático, dedicado a diseñar un orden jurídico totalitario para los hombres considerados como rebaño que ha de ser dominado y explotado. El propio Platón quiso desempeñar este papel con Dionisio en Siracusa.

En relación con el territorio donde se encontraba asentada la colonia penitenciaria baste la siguiente observación: es un “pequeño valle profundo y arenoso, rodeado totalmente por riscos desnudos”, No puede haber paisaje más desolador. Para Kafka, el desierto es sinónimo de soledad, de ausencia, de enajenación de pérdida de la felicidad y de la integración.

Es un país pequeño y evidentemente pobre, pues el valle es profundo, es decir, está hundido, rodeado de riscos desnudos. En reali-

dad, son las crueles fronteras del Estado visitado por el explorador y sufrido por el condenado.

¿Quién es el oficial? Es un admirador del aparato coactivo, del paradigma del castigo. En la primera línea del cuento, aparece contemplando “con cierta admiración el aparato, que le era tan conocido”. La segunda descripción del oficial lo presenta dando los últimos toques al aparato para la ejecución:

...mientras el oficial daba fin a los últimos preparativos arrastrándose de pronto bajo el aparato, profundamente hundido en la tierra, o trepando de pronto por una escalera para examinar las partes superiores. Fácilmente hubiera podido ocuparse de estas labores un mecánico; pero el oficial las desempeñaba con gran celo, tal vez porque admiraba sobre manera el aparato o tal vez porque diversos motivos no se podía confiar ese trabajo a otra persona.

El oficial, además, está uniformado, porque el uniforme es el “símbolo de la patria”. En fin, nos encontramos frente a un burócrata, juez lamentablemente, que ostenta arrogantemente todos los elementos irracionales que muchos de ellos pueden tener, en todos los tiempos y Estados.

Ya hemos hecho la descripción del condenado, por lo que no es necesario repetirla. Sólo hay que subrayar que es presentado como un miserable animal que no sabe ni entiende lo que le sucede bajo el poder orgulloso del oficial; no comprende las situaciones y, en ocasiones, ríe idiotamente de pequeños acontecimientos tan inútiles y sin sentido como un grano de arena en la colonia penitenciaria; es ignorante y está caninamente sometido al sistema totalitario de la colonia.

Van a ejecutar en él una sentencia, lo van a castigar con la máquina, por un crimen que desconoce. Tampoco conoce su sentencia y no sabe que ha sido condenado, pues no se le dió oportunidad alguna de defenderse. El oficial explica al explorador como se desarrolló el proceso:

Yo he sido designado juez de la colonia penitenciaria. A pesar de mi juventud... Mi principio fundamental es éste: la culpa es siempre induda-

## LA CONDUCTA DEL JABALI

25

ble. Tal vez otros juzgados no siguen este principio fundamental, pero son multipersonales, y, además, dependen de otras cámaras superiores. Este no es nuestro caso, o, por lo menos, no lo era en la época de nuestro antiguo comandante... Usted desea que le explique este caso particular; es muy simple, como todos los demás. Un capitán presentó esta mañana la acusación de que este individuo, que ha sido designado criado suyo y que duerme frente a su puerta, se había dormido durante la guardia. En efecto, tiene la obligación de levantarse al sonar cada hora y hacer la venia ante la puerta del capitán. Como se ve, no es una obligación excesiva, y sí muy necesaria, porque así se mantiene alerta en sus funciones, tanto de centinela como de criado. Anoche el capitán quiso comprobar si su criado cumplía con su deber. Abrió la puerta exactamente a las dos y lo encontró dormido en el suelo. Cogió la fusta y le cruzó la cara. En vez de levantarse y suplicar perdón, el individuo agarró a su superior por la piernas, lo sacudió y exclamó: “Arroja ese látigo, o te como vivo”. Estas son las pruebas. El capitán vino a verme hace una hora, tomé nota de su declaración y dicté inmediatamente la sentencia. Luego hice encadenar al culpable.

Las relaciones de poder descritas son clarísimas, en lo que respecta a su irracionalidad e inhumanidad. Kant se hubiera indignado de sólo escucharlas. Hegel quizá las hubiera justificado. Platón las hubiera aplaudido. En verdad, no es posible dejar de tener la impresión de que el condenado es un animal, específicamente, un perro guardián, fiel y humillado. Todo es canino en él, hasta la manera como duerme, echado en el piso al pie de la puerta del capitán, “su superior”. En el primer párrafo de la obra, el condenado es descrito como caninamente sumiso y siempre es presentado encadenado, con muchas cadenas en los pies, en las manos, en el cuello, unidas entre sí, formando una red, una especie de sistema.

En la escena descrita, ni un tibio sople de dignidad humana corre por este ambiente seco, desnudo y despótico. Las órdenes son inútiles: al término de cada hora tiene que hacer una reverencia ante la puerta del superior. La concepción fundamental de Kafka, antes señalada, resplandece en estos párrafos. El mal original, el pecado que nos ha hundido en el infierno, en el mundo de la colonia de las penas, es el poder que el hombre ejerce sobre el hombre. La diferencia de posiciones entre los personajes y, por tanto, su distancia, es notoria y, en especial, con el capitán que levantó su queja contra el condenado. La asimetría del poder es presentada con la proskinesis.

La imagen espacial de la reverencia es la metáfora de la desigualdad. Sólo los griegos, ese pueblo con el que despierta la conciencia de la humanidad a la luz histórica, rezaban de pie a sus dioses y más que rezar, negociaban los servicios que ellos proporcionarían a cambio de beneficios que recibirían de éstos. Se trataba de un pacto. Alejandro de Macedonia fue duramente criticado por ordenar, y regocijarse con ello, que los griegos se prosternaran frente a él, la *prosknesis*.

Mientras el condenado debía dormir en el suelo y hacer una reverencia recurrente a una puerta, a un objeto, cuya única función es representar y proteger al superior, al capitán, que duerme detrás, éste se preocupa de que el subordinado cumpla los deberes que le tiene impuestos. Nada sabemos de las actividades que despliega el capitán. El dormía mientras el otro vigilaba y debía hacer genuflexiones ante su puerta. Por haberse quedado dormido, agotado por el cansancio, por no haber podido demostrar con su conducta que era un subordinado, un inferior, un animal sometido, ha sido sentenciado. El mal es la desigualdad y el poder. Esto ha convertido a la colonia en el infierno, en el reino de las penas.

Los oscuros personajes descritos son realmente sujetos lúgubres; el escenario es fantasmal y se van a desarrollar ciertos acontecimientos muy significativos. El otro elemento esencial de la narración es el ominoso aparato de castigo, que es descrito con una minuciosidad alucinante, con el cuidado de un cirujano en una operación delicadísima. Esta descripción constituye la apariencia de la metáfora.

Dice el oficial:

Como usted ve, consta de tres partes: con el correr del tiempo se generalizó la costumbre de designar a cada una de estas partes mediante una especie de sobrenombre popular. La inferior se llama la cama; la de arriba, el diseñador y ésta del medio la rastra.

Sigamos a Kafka en la descripción de cada parte del aparato. Después señalaremos, desde el punto de vista aportado por nuestro concepto de la metáfora, la función de cada parte en el módulo, la referencia de la apariencia.

### *La cama:*

Está totalmente cubierta con una capa de algodón en rama; ...Sobre este algodón se coloca al condenado, boca abajo, naturalmente desnudo; aquí hay correas para sujetarle las manos, aquí para los pies y aquí para el cuello. Aquí, en la cabecera de la cama (donde el individuo, como ya le dije, es colocado primeramente boca abajo), esta pequeña mordaza de fieltro, que puede ser fácilmente regulada, de modo que entre directamente en la boca del hombre, tiene la finalidad de impedir que grite o se muerda la lengua. Naturalmente, el hombre no puede alejar la boca del fieltro, por que si no la correa del cuello le quebraría las vértebras. En cuanto el hombre está bien asegurado con las correas, la cama es puesta en movimiento. Oscila con vibraciones diminutas y muy rápidas, tanto lateralmente como verticalmente. Usted habrá visto aparatos similares en los hospitales; pero en nuestra cama todos los movimientos están exactamente calculados; en efecto, deben estar minuciosamente sincronizados con los movimientos de la rastra.

### *La rastra:*

Sin embargo, la verdadera ejecución de la sentencia corresponde a la rastra. Como usted ve, la forma de la rastra corresponde a la forma del cuerpo humano; aquí está la parte del torso, aquí están las rastras para las piernas. Para la cabeza sólo hay esta agujita.

La rastra es una plancha de vidrio que tiene incrustadas una multiplicidad de agujas, lo cual originó “algunas dificultades técnicas”.

Como usted ve -dijo el oficial- hay dos clases de agujas: dispuestas de diferente modo. Cada aguja larga va acompañada de otra más corta. La larga se reduce a escribir, y la corta arroja agua para lavar la sangre y mantener legible la inscripción. La mezcla de agua y sangre corre luego por pequeños canalículos y finalmente desemboca en este canal principal, para verterse en el hoyo, a través de un caño de desagüe.

La ejecución de la sentencia corresponde a la rastra.

La sentencia ...consiste en escribir sobre el cuerpo del condenado, mediante la rastra, la disposición que él mismo ha violado. Por ejemplo, las

palabras inscritas sobre el cuerpo de este condenado -y oficial señala al individuo- serán: “Honra a tus superiores”.

Esta inscripción la hacen las agujas de la rastra sobre el cuerpo del condenado.

Se regula automáticamente de modo que apenas roza el cuerpo con la punta de las agujas; en cuanto se establece el contacto la cinta de acero se convierte inmediatamente en una barra rígida y entonces empieza la función. Una persona que no esté al tanto no advierte ninguna diferencia entre un castigo y otro. La rastra parece trabajar uniformemente. Al vibrar, rasgar con la punta de las agujas la superficie del cuerpo, estremecido a su vez por la cama.

### *El diseñador:*

Allá arriba, en el diseñador, está el engranaje que pone en movimiento la rastra; dicho engranaje es regulado de acuerdo a la inscripción que corresponde a la sentencia. ¿Comprende el funcionamiento? La rastra comienza a escribir; cuando termina el primer borrador de la inscripción en el dorso del individuo, la capa del algodón gira y hace girar al cuerpo lentamente, sobre un costado, para dar más lugar a la rastra. Al mismo tiempo, las partes ya escritas apoyan sobre el algodón, que gracias a su preparación especial contiene la emisión de sangre y prepara la superficie para seguir profundizando la inscripción. Luego, a medida que el cuerpo sigue girando, estos dientes del borde de la rastra arrancan el algodón de las heridas, lo arrojan al hoyo, y la rastra puede proseguir su labor. Así sigue inscribiendo, cada vez más hondo, durante doce horas.

Con esto, fundamentalmente, queda hecha la detallada descripción del aparato, su alambicamiento técnico y su funcionamiento. No cabe duda de que el oficial es un profesional y un admirador apasionado del aparato coactivo.

Nuestro modelo de la metáfora contiene tres elementos: el módulo, la apariencia, el criterio. Sostengo que el módulo consiste en el Estado, la apariencia es el aparato descrito, y el criterio es la concepción de la coacción como elemento esencial del Estado.

## El Estado es este aparato en lo coactivo X es Y en Z

Basado en lo anterior, sostengo que Kafka ha creado una aterradora metáfora del Estado. Siguiendo a Max Weber, tendríamos que afirmar que, efectivamente, el Estado no siempre utiliza la violencia; pero que ésta sí es su medio específico, al cual monopoliza. “La violencia no es, naturalmente, ni el medio normal ni el único medio de que el Estado se vale, pero sí es su medio específico”. No toda relación humana es violenta, pero sí toda relación humana puede desembocar en la violencia. Este es, en último término, la razón última de cualquier configuración social y, en ocasiones, la solución definitiva de un problema, favorable al sujeto que logre establecer de hecho la desigualdad del poder, que es la emanación de la violencia. Esta, sistematizada y legítima, es la característica distintiva del Estado.

En el dibujo verbal del aparato de castigo puede verse, con cierta seguridad, que cada una de sus partes a su vez, constituye una submetáfora de una función específica del Estado. La correlación entre los elementos del módulo, en este caso, el Estado, con los elementos de la apariencia que los denotan, se puede encontrar en la descripción de las partes del aparato de castigo.

Es significativo que la apariencia sea una complicada y monstruosa máquina de castigo, un abigarrado instrumento para infligir dolores, para perforar la piel frágil, para rasgarla y, en último término, para matar. Esta gran metáfora del aparato coactivo está formada por submetáforas, como el organismo humano está formado por células, que también son organismos diminutos.

Es posible considerar que el diseñador corresponde a las normas jurídicas del Estado. En él están las normas que van a ser grabadas en el cuerpo del condenado. Es un siniestro submecanismo que mantiene oculta su apariencia y engranaje, cuya función es contener las normas que la rastra, verdugo ejecutor, sangrientamente escribirá en el cuerpo del condenado.

“Allá arriba, en el diseñador, está el engranaje que pone en movimiento la rastra; dicho engranaje es regulado de acuerdo a la inscripción que corresponde a la sentencia”.

Quizá debemos corregir y decir que el diseñador, con sus ruedas dentadas, sea el engranaje burocrático del Estado, que funciona de acuerdo con las normas jurídicas reguladoras de la conducta de los órganos estatales. Si esto es así, el derecho no es identificado con el Estado, sino que sería los diseños, las pautas, en una palabra, las normas conforme a las cuales el finamente dentado mecanismo de la burocracia implanta el terror entre los hombres, por medio de los dolores de la coacción que les impone. La burocracia, como maldición apocalíptica, maneja y regula las aceradas agujas de los aparatos sancionadores. Como confirmación, recuérdese de la obsesión de Kafka sobre la irracional actuación de la burocracia. Klaus Wagenbach señala que Kafka poseía un libro de N. Hoffmann cuyo título era *Th. M. Dostoievski*, Berlín 1899. Dice que era una de sus lecturas favoritas, se le recomendó a su hermana Ottla y es varias veces citado en su cartas a Milena. En la página 111 de éste libro se encuentra esta descripción:

Al que haya vivido en Rusia, aun por poco tiempo, le llama la atención que el motivo de muchos males radica en realidad en que un enorme aparato burocrático maneja la vida del Estado y desgarrar también la vida individual en su engranaje.

No hay dificultad en concebir la rastra como el órgano del Estado ejecutor de las sanciones impuestas, como la policía, el verdugo o el ejército. Las agujas tienen muchas asociaciones; pueden ser las ballonetas, los barrotos de las cárceles, etcétera.

La cama es la base de la realidad social, es el escenario de fondo donde se presenta la actuación del monstruo burocrático.

La sujeción al poder del Estado, el sometimiento a su maquinaria, la sumisión a sus órdenes y la privación de libertad que se sufre por la coacción, están elementalmente representados por las correas que inmovilizan al condenado y las cadenas que firmemente le sujetan del cuello, de los tobillos, de las manos; delgadas y gruesas, que controlan todos sus movimientos.

Algún poeta inglés dijo que una máquina le parecía un gigante con una idea fija. La visión de Kafka de la burocracia es la de una máquina, fría, implacable, sangradora, con una idea fija: el castigo.

No puede negarse que toda esta visión es unitateral, parcial, que es contemplación desde una perspectiva única. En efecto, el Estado no sólo es la máquina aterrizante; a veces, construye hospitales, crea escuelas, educa, facilita la vida humana; pero, incluso, cuando hace esto, en el fondo es un Leviatán cruel y frío, que vigila, como dios mortal, la conducta de los pigmeos humanos, para intervenir en beneficio de sus egoístas intereses con sus aparatos, cada vez más sofisticados, ya que ha logrado tener a su servicio a las mentes más claras, creativas e inteligentes: los científicos. La violencia está altamente tecnificada.

### III

El paradigma presentado es muy ingenioso, pero no se agota con lo anterior. Se desarrolla ulteriormente hasta convertirse en un gran modelo de muchas funciones del Estado. Para presentarlo de golpe, léase el siguiente texto, en donde el oficial, después de describir el ideal y el paraíso de las ejecuciones en los tiempos del antiguo comandante, dice lo siguiente:

¡Que diferente era en otros tiempos la ejecución!. . . (Viene luego el párrafo ya transcrito, que describe la fiesta funesta). Era imposible satisfacer todos los pedidos formulados para contemplarla desde cerca. El comandante, muy sabiamente, había ordenado que los niños tendrían preferencia sobre todo el mundo; yo, por supuesto, gracias a mi cargo, tenía el privilegio de permanecer junto a la máquina; a menudo estaba en cuclillas, con un niño en cada brazo, a derecha e izquierda. . . ¡Que tiempos, camarada!

Esto es estremecedor. Los niños tenían preferencia para contem-

plar el espectáculo del castigo y ¡qué castigo! Muy sabiamente se había dispuesto lo anterior: ¡la educación del Estado! En una gran fiesta patria, multicolor de uniformes, con los gratos perfumes de las damas, en día de alegría y luz, con aceptación pública los niños recibían su educación para la muerte, su enseñanza para la crueldad, la formación para la inhumanidad. Con ojos brillantes, con gran alegría, contemplaban el espectáculo del dolor, con la aprobación social de sus seres queridos, de sus propios padres y de aquellos gobernantes sabios y adornados. ¡La pedagogía para la muerte! ¡La enseñanza del poder, avaro, solipsista, que sólo cuida de su propio alimento, para engordar y crecer más! ¡Cuántas veces no hemos contemplado a los creadores de las más grandes desgracias humanas, acariciando a niños y elevándolos en sus brazos! ¡No hay gobernante que no lo haya hecho alguna vez, impudicamente! ¡La mano asesina acariciando la mejilla de un niño! Nuestro siglo XX es pródigo en esas escenas.

Por fin, la metáfora completa: el aparato escribe en el cuerpo del condenado la norma que éste ha violado, la norma que él desconoce, con base en la cual lo han sentenciado y que aprenderá con el dolor de su cuerpo, con las heridas de su carne.

¿Comprende el funcionamiento? La rastra comienza a escribir; cuando termina el primer borrador de la inscripción en el dorso del individuo, la capa de algodón (de la cama) gira y hace girar el cuerpo lentamente, sobre un costado, para dar más lugar a la rastra. Al mismo tiempo, las partes ya escritas apoyan sobre el algodón, que gracias a su preparación especial contiene la emisión de sangre y prepara la superficie para seguir profundizando la inscripción. . . Así sigue escribiendo, cada vez más hondo, durante doce horas. Durante las primeras seis horas, el condenado se mantiene casi tan vivo como al principio, sólo sufre dolores. Después de dos horas, se le quita la mordaza de fieltro, porque ya no tiene fuerzas para gritar. . . Sólo después de seis horas desaparece todo deseo de comer. . . ¡Qué tranquilo se queda el hombre después de la sexta hora! Hasta el más estólido comienza a comprender. La comprensión se inicia en torno a los ojos. Desde ahí se expande. En ese momento uno desearía colocarse con él bajo la rastra. Ya no ocurre más nada; el hombre comienza solamente a descifrar la inscripción, estira los labios hacia afuera, como si escuchara. Usted ya ha visto que no es fácil descifrar la inscripción con los ojos, pero nuestro hombre la descifra con sus heridas. Realmen-

te cuesta mucho trabajo; necesitó seis horas por lo menos. Pero ya la rastra lo ha atravesado por completo y lo arroja al hoyo, donde cae en medio de la sangre y el agua y el algodón. La sentencia se ha cumplido, y nosotros, yo y el soldado, lo enterramos.

¿Cuál es el módulo en esta parte de la metáfora? Aquí no se trata ya de describir metafóricamente el aparato coactivo o la burocracia sancionadora: tampoco a las normas con arreglo a los cuales funciona tal aparato. Se da un paso más, un paso audaz, consistente en describir los efectos que en el individuo tienen los castigos. Se trata de un problema sociológico, mejor, de una parte del problema de la sociología jurídica: cuáles son los efectos en los individuos, las consecuencias psicológicas o sociales de la ejecución de las normas a través de sus órganos burocráticos. Esta problemática supone una concepción general del Estado como un conjunto de órganos que ejercitan la coacción. Entonces, el problema siguiente es el de conocer claramente cuáles son los efectos sociales y psicológicos de la actuación de la burocracia coactiva y esta problemática es resuelta metafóricamente con la nítida imagen de que las normas son inscritas en la carne del condenado por la Rastra, de manera que éste aprende en su propio cuerpo la norma que ha violado, con sus heridas dolientes. Es la imagen más espectacular y precisa de los efectos del castigo en el ser humano. Aquí está implícita toda una teoría del aprendizaje por el castigo, toda la constelación de los problemas que los modernos teóricos conductistas del aprendizaje social han tocado en sus investigaciones experimentales. No es pertinente, en este ensayo, resumir tales investigaciones. Tan sólo quiero señalar lo adecuado de ellas para la comprensión de esta grandiosa metáfora e indicar, con toda claridad, hasta qué grado una obra literaria puede tener por materia, por contenido, problemas científicos, es decir, humanos, tan hondos, complicados y difíciles.

La metáfora se afina y penetra con su filo a niveles más importantes. Estamos en el plano inclinado de la generalización. La imaginación poética nos conduce y podemos pensar en el sentido de nuestra existencia y nuestra función en el mundo. Como benthamistas perfectos, el mundo se nos presenta como una enorme caja de

Skinner, que nos administra dolores o placeres, castigos y recompensas, dependiendo de nuestra situación o conducta. Transitamos un oscuro laberinto, cuyos meandros nos sorprenden, y tomamos las rutas que aparentemente nos ofrecen mayor recompensa y no cruzamos los umbrales resguardados por rastras. Como dice Bentham:

*Nature has placed mankind under the governance of two sovereign masters, pain and pleasure. It is for them alone to point out what we ought to do, as well as to determine what we shall do. On the one hand the standard of right and wrong, on the other the chain of causes and effects, are fastened to their throne.*<sup>5</sup>

La naturaleza ha colocado a la humanidad bajo el gobierno de dos amos soberanos, el dolor y el placer. A ellos solamente corresponde indicar lo que debemos hacer, así como determinar lo que haremos. Por un lado, el criterio de lo bueno y de lo malo, y, por el otro, la cadena de causas y efectos, están encadenados a su trono.

¡Oh! Pero aprendemos, como *Rotpeter*,<sup>6</sup> sobre todo cuando tenemos que aprender y esta dura situación nos aprieta cuando hemos de evitar males, dolores o penas. Freud dice que el placer es la eliminación del dolor. Los ojos fijos y claros de Schopenhauer nos miran a la cara, y esa mirada la comprendió muy claramente Kafka, a través de la experiencia con su padre y por lo que había leído detenidamente, gozando de su luminosa prosa. De esta manera Kafka se coloca dentro de la ilustre línea de los grandes pesimistas.

Esta desentrañada concepción de su cuento, puede conectarse con la teoría del derecho natural del teórico inglés John Austin. Anclado en el pensamiento de Bentham e interpretando animístamente, o por lo menos, personalísticamente el mundo, afirma la existencia del derecho natural, derivando sus normas de las consecuencias de la conducta. Una consecuencia dolorosa o desfavorable de una clase de conductas, es interpretada como una sanción natural. Infiere, entonces, la norma que especifica lo que debemos hacer, como un enunciado que expresa la conducta que ha de realizarse para evitar esa sanción natural. Aprendemos cómo comportarnos a partir de las consecuencias dolorosas de nuestra conducta y evitamos las conductas que tienen esas consecuencias. Expresado con lenguaje normativo, se dice

<sup>5</sup>Bentham, Jeremy, *Introduction to Principles of Morals and Legislation*, Hafner Press, 1948, p. 1.

<sup>6</sup>Personaje del cuento de Kafka *Informe a una academia*.

que alguien debe comportarse de manera que evite las consecuencias dolorosas. Debe realizarse la conducta contraria a aquélla que produce dolor.

Esto lo podemos expresar diciendo que en nuestra propia carne se han grabado las normas que con nuestra conducta hemos violado. Es muy difícil encontrar un sentido normativo a tales dolores, encontrar la norma misma a partir de nuestros sufrimientos. Generalmente, esto no se encuentra nunca. La experiencia de un hombre consiste en las reglas que haya aprendido, que conectan su conducta con ciertas consecuencias, que ha inferido a partir de los dolores que han producido sus conductas pasadas. Todo refrán o consejo es un destilado lingüístico de las consecuencias de las conductas. “Si prestas dinero a un amigo, pierdes el dinero y el amigo”. Aquí, la conducta y las consecuencias. La inferencia de lo que debo hacer para no perder ni el dinero ni el amigo es clara. “Más vale pájaro en mano, que ciento volando”; “Tanto hace el diablo a su hijo, hasta que le saca un ojo”. Estos son refranes populares, experiencias puestas gramaticalmente, reglas que expresan contingencias de reforzamiento, como Skinner diría. Normas de derecho natural revelado, diría John Austin. Para Kafka, serían las normas que la rastra escribe en la carne del condenado.

Con esto, el aparato ha crecido, excedido su tamaño natural y se ha convertido ya en el símbolo del universo entero, o por lo menos, del mundo en donde habita el hombre. El creador del mundo, entendido éste como aparato de castigo, no es otro que el antiguo comandante, ya muerto, que con esto adquiere dos cualidades: la de un dios, en el caso de que se interprete magnificadamente el aparato, o el de órgano constituyente de un Estado autocrático.

Es muy interesante esta analogía, que bajo ciertas condiciones, es necesaria. Si nuestro aprendizaje es social y el primer esquema que adquirimos para interpretar el mundo deriva de las mutuas relaciones con otros hombres, y si los placeres y penas, recompensas o castigos que recibimos nos los dan o infligen otros seres humanos, la generalización es elemental y automática; todo placer y dolor, incluso los producidos por la naturaleza, son interpretados con el es-

quema ya obtenido y los consideramos producidos por otros seres humanos, o por seres más que humanos o cuasi humanos. Así personificamos a la naturaleza. En cada objeto existe una persona, un espíritu, un hombre que se oculta, que nos produce, con su conducta, a través del objeto, la recompensa o el castigo por el que nos congratulamos o nos lamentamos. Ponemos, como lo dice la hermosa frase de Kelsen, “detrás de la fuente a la ninfa y detrás del árbol, al sátiro”.<sup>7</sup> Nos encontramos entonces, en “el reino de la naturaleza”. Y si es un reino, debe tener su rey, su dios (es difícil concebir a la naturaleza como un estado democrático). Las leyes naturales son las normas de tal reino y los dioses subordinados al comandante supremo, angeles, querubines, o la diversa cohorte del politeísmo, no es sino la burocracia coactiva de tal reino o Estado divino y natural. Es claro, aprendemos con nuestro cuerpo y nuestras heridas deben indicarnos las normas que hemos violado o aquellas que debemos seguir. Estos dioses se manifiestan críticamente; no hablan, lastiman, y en las heridas debemos leer lo que debimos haber hecho, para que, si nos queda tiempo, no volver a hacerlo y poder, por lo menos, sobrevivir sin dolores, es decir, ser felices. El lenguaje de los dioses no es el humano; su gramática está enredada en nuestros nervios y sus verbos se conjugan todos con el verbo “sufrir”. Su sustantivo central es el dolor. Por tanto, conforme a Kafka, todos estamos en la situación del condenado puestos sobre la cama y bajo la rastra.

Si esto es válido, entonces, nuestra vida tiene un único sentido: poder leer las normas, que no conocemos y hemos violado, en las heridas de nuestro cuerpo. Todo el proceso dura doce horas.

Durante las primeras seis horas, el condenado se mantiene casi tan vivo como al principio, sólo sufre dolores. ¡Qué tranquilo se queda el hombre después de la sexta hora! Hasta el más estólido comienza a comprender. La comprensión se inicia en torno a los ojos. Desde allí se expande. . . ya no ocurre nada; el hombre comienza realmente a descifrar la inscripción, estira los labios hacia afuera, como si escuchara. Usted ya ha visto que no es fácil descifrar la inscripción con los ojos; pero nuestro hombre la descifra con sus heridas.

<sup>7</sup>Kelsen, Hans, *Teoría General del Estado*, trad. Luis Legaz y Lacambra, Editorial Labor, 1934, p. 82.

A mitad de la vida comenzamos a entender. Al final cuando ya hemos sido atravesados por la rastra, cuando hemos entendido, morimos y todo se disuelve en el ácido de la inutilidad. Somos arrojados al hoyo, “en medio de la sangre y el agua”.

Así concluimos la primera parte de este análisis, parte que podríamos decir que es estática. En bloque, nos ha presentado la máquina coactiva, su funcionamiento, tal como se presentan en un cierto momento: el de la visita del explorador.

Hay un detalle lingüístico significativo; en un principio el explorador es designado con esta palabra y paulatinamente, conforme avanza la narración, es designado con la palabra de “el viajero”. Simplemente está de paso. Es el extranjero, que pasa, que no se queda, que no se integra a la comunidad de la colonia penitenciaria. Ahora se verá por qué.

#### I V

En relación con este cambio de denominación, la narración de Kafka tiene otra serie de acontecimientos, que aún no hemos tocado, que podemos denominar la evolución histórica. Prescindiremos ahora de las implicaciones que pudieran presentarse si consideramos una interpretación jusnaturalista o teológica del cuento.

El condenado ya ha sido puesto bajo la rastra. Al colocarlo sobre la cama y tratar de amarrarlo,

. . .la correa destinada a la mano izquierda se rompió. El oficial dijo: “-Esta máquina es muy compleja; a cada momento se rompe o se descompone alguna cosa”. Los recursos destinados a la conservación de la máquina son ahora sumamente reducidos. Cuando estaba el antiguo comandante, yo tenía a mi disposición una suma de dinero con esa única finalidad.

Tenían un depósito de piezas de repuesto y respecto del dinero destinado originalmente a la máquina, el nuevo comandante se ha hecho cargo de su administración. Aquí se presenta el tema central; para el nuevo comandante “todo es un motivo de ataque contra el antiguo orden”. El nuevo orden, entonces, como dice Kafka, repre-

senta “nuestra doctrina compasiva”. El antiguo orden es el orden de la *politeia* de Platón: la autocracia y antihumanitarismo, representado por la máquina del castigo. El nuevo orden es menos autoritario y más humanista; sin embargo, continua teniendo un comandante, que restringe el uso de los fondos para la máquina coactiva. Es liberal, incluso compasivo. Pero, ¿en qué consiste esta doctrina? “Las señoras del comandante visitan al condenado y le atiborran la garganta de dulces. Durante toda la vida se alimenta de peces hediondos y ahora necesita comer dulces”. Las ejecuciones no están eliminadas. El aparato de castigo continúa ejecutando su función cruel. Sólo está en mal estado, como reacción al “antiguo orden”.

Con esto se afirma que existió un comandante original, que creó un antiguo orden, donde el aparato coactivo funcionaba espléndidamente; era una fiesta cada ejecución y la educación era para la autocracia. Fué su órgano constituyente, el padre de la patria; el gran autócrata dictador. Evidentemente, el oficial es un partidario del régimen previo.

El antiguo comandante murió. Ha sido sustituido por uno nuevo cuya política es contraria a la de su antecesor, pero su régimen también hace funcionar al siniestro aparato. ¡Claro! ¿Puede haber comandante o régimen alguno sin aparato coactivo? Todo orden o régimen totalitario mata; la diferencia es que uno da dulces previamente y el otro pescado hediondo.

El comandante del nuevo orden quería conocer la opinión del explorador sobre los procedimientos de la colonia penitenciaria.

El explorador había sido recomendado por personas muy importantes, había sido recibido con gran cortesía, y el hecho de que lo hubieran invitado a la ejecución podría justamente significar que se deseaba conocer su opinión sobre el asunto. Esto parecía bastante probable, porque el comandante, como bien claramente acababa de expresarlo, no era partidario de esos procedimientos, y su actitud ante el oficial era casi hostil.

En realidad se trata de una lucha entre dos camarillas; los del antiguo comandante y los del nuevo comandante. Ambos autocráticos, porque el pueblo no interviene. Esta relación de poder es no

simétrica: el comandante y los miembros de la colonia penitenciaria. Véase además lo que acontece en el nuevo régimen: va a llevarse a cabo la ejecución del condenado, y van a inscribirle la norma: “Honra a tus superiores”.

Pero el nuevo comandante busca el apoyo externo para luchar, no contra la máquina, sino contra los partidarios del “antiguo orden”, cuyo representante más conspicuo es el oficial. Lo cual significa, en esta manera de presentación, que todo cambio interno en un Estado debe contar con el reconocimiento externo o su tácita aprobación, si ha de tener éxito. Dice el oficial:

Conozco al comandante. Inmediatamente comprendió el propósito de esta invitación. Aunque su poder es suficientemente grande para tomar medidas contra mi, todavía no se atreve, pero ciertamente tiene la intención de oponerme el veredicto de usted, el veredicto de un ilustre extranjero. Lo ha calculado perfectamente; hace dos días que usted está en la isla, no conoció al antiguo comandante ni su manera de pensar, está habituado a los puntos de vista europeos, tal vez se opone fundamentalmente a la pena capital en general y a este tipo de castigo mecánico en particular; además, comprueba que la ejecución tiene lugar sin ningún apoyo popular, tristemente, mediante una máquina ya un poco arruinada. . .

En las líneas anteriores, el explorador se ha convertido en un “ilustre extranjero”, habituado “a los puntos de vista europeos”. Esta es una posición política contraria a la que priva en la colonia penitenciaria. Este punto de vista europeo, debe leerse civilizado y humanitario, está en directa contraposición con la situación política que domina en la colonia. En esta funciona el aparato mortal, manejado por un oficial fanático, sádico, que se deleita en cada ejecución por la perfección de la técnica que honra el talento del antiguo comandante. Opuesto a esta situación, el punto de vista europeo está “tal vez”, en oposición a la pena capital y a que ésta se efectúe “sin ningún apoyo popular”. En éste último creo percibir una ironía, pues para percatarse de la contradicción evidente basta preguntarse ¿la ejecución del condenado, en tal aparato, estaría justificada si tuviera el apoyo popular? La inhumanidad no pierde su monstruoso carácter porque

reciba el ciego apoyo de la hidra fanática de mil o diez mil cabezas. Además, el extranjero, ahora ilustre investigador de Occidente, con su refinamiento europeo, no conoció al antiguo comandante y, por tanto, éste es para él una gran interrogación; la ideología del antiguo régimen y las causas de su instauración le son totalmente ajenas y no podrá, en ningún caso, entenderlas. Sin embargo, está en contra del sistema y su veredicto le será opuesto al oficial.

¿Que hará el comandante nuevo con la opinión del explorador? Así lo describe el oficial:

. . . tratará de sonsacarlo con preguntas astutas, de esto estoy seguro. Y sus señoras estarán sentadas en torno y alzarán las orejas; tal vez usted diga: “En mi país el procedimiento judicial es distinta”, o, “En mi país se permite al acusado defenderse antes de la sentencia” o “En mi país hay otros castigos, además de la pena de muerte” o “En mi país sólo existió la tortura en la Edad Media”. . . Pero ¿como las tomará el comandante? Ya lo veo al buen comandante, veo como aparta su silla y sale rápidamente al balcón; veo a sus señoras, que se precipitan tras él como un torrente; oigo su voz (las señoras le llaman una voz de trueno) que dice: “Un famoso investigador europeo, enviado para estudiar el procedimiento judicial en todos los países del mundo, acaba de decir que nuestra antigua manera de administrar justicia es inhumana. Después de oír el juicio de semejante personalidad, ya no me es posible seguir permitiendo este procedimiento. Por lo tanto ordeno, que desde el día de hoy. . .”, y así sucesivamente. Usted trata de interrumpirlo para explicar que no dijo lo que él pretende- que no llamó nunca inhumano mi procedimiento, que, en cambio, su profunda experiencia le demostró que es el procedimiento más humano y acorde con la dignidad humana; que admira esta maquinaria. . .; pero ya es demasiado tarde; usted no puede asomarse al balcón, que está lleno de damas; trata de llamar la atención; trata de gritar; pero una mano de señora le tapa la boca. . .

Como se ve, el pueblo no interviene para nada. Se trata de la lucha entre dos facciones, una menos intolerante que la otra, pero ambas presididas por un comandante, que por cierto tiene varias señoras. Aquí está presentada la función de la ideología, encubridora de la realidad y justificadora de los intereses de los gobernantes transitorios. Es un régimen ilustrado, liberal, en contraposición con el del antiguo comandante. Sin embargo, no es democrático, pues:

. . . mañana se realizará en la oficina del comandante, presidida por éste, una gran asamblea de todos los altos oficiales administrativos. El comandante, por supuesto, ha logrado convertir esas asambleas en un espectáculo público. Hizo construir una galería, que está siempre llena de espectadores.

Sólo los altos oficiales. Los demás somos espectadores. ¡La férrea ley de la oligarquía!

Pues bien, el oficial le pide ayuda al explorador y éste se niega a dársela y le pide que diga en la asamblea que se inclina en señal de respeto y reconocimiento, ante el antiguo comandante. El explorador se niega y el oficial toma una decisión. Deja libre al condenado, que ya había fraternizado con el soldado. Para comprender ésta metáfora, debemos recordar brevemente lo acontecido. El extranjero ha sido invitado para presenciar una ejecución; se encuentra con dos tendencias políticas; la representada por el oficial y la del nuevo comandante, que está en contra del antiguo régimen. El oficial necesita el apoyo del extranjero para sostener su régimen, bastante deteriorado. Su aparato burocrático está en ruinas y chírria al funcionar. El tiempo multicolor de las glorias pasadas se ha detenido. Pero el nuevo comandante quiere tener en la colonia penitenciaria el apoyo de los puntos de vista europeos. Para ello, tiene que falsificarlos, encubriéndolos con el velo de la ideología. Esta es su arma para la lucha política. En esta dualidad, por la aparente abstención del extranjero, el oficial decide dejar libre al condenado y colocarse en la máquina sombría.

La falta de apoyo externo, determina el derrumbe del antiguo régimen y el sacrificio de sus partidarios. La función y la hipocresía del derecho internacional es la referencia de esta submetáfora. El extranjero manifiesta que no debe intervenir, pero pone su pie y su presencia en la colonia. Al no apoyar al antiguo orden este se derrumba como un castillo de naipes. Dice Kafka que el explorador “sabía muy bien lo que iba a ocurrir; pero no tenía ningún derecho de inmiscuirse”. El procedimiento judicial estaba próximo a desaparecer “posiblemente como consecuencia de la intervención del explorador, lo que para éste era una ineludible obligación”. Estas son palabras textuales. El nudo de la contradicción aparente nos

presenta su forma desfigurada. El explorador carece de todo derecho de inmiscuirse en los asuntos internos de la colonia. Sin embargo, el régimen imperante desaparecerá, como consecuencia de la intervención del explorador. ¿No es ésta la imagen de la realidad internacional? El principio de derecho internacional de no intervención adquiere el sentido proteico en la metáfora, que el curso de la historia nos muestra. Un Estado extranjero no interviene en los asuntos internos de otro Estado en la medida en que no conviene a su voracidad nacionalista. Sin embargo, la situación interna de un Estado se ve afectada centralmente por la intervención del extranjero, enmascarada por la norma del respeto a los intereses internos. He aquí la hipocresía paranoica de las normas internacionales. Como una cebolla, tiene diversas capas interpretativas. La no intervención puede tener doble signo; apoyar al régimen anterior, si es el poderoso, o el nuevo régimen, si éste tiene elementos para triunfar.

Ahora viene una parte que puede tener diversos significados. El oficial encargado de la máquina, ha decidido ponerse él en la cama para que la rastra le inscriba una norma en su cuerpo. ¿Cuál? Es una que no se puede leer fácilmente. De su portafolio saca una hoja que tiene los planos de la norma respectiva.

—Lea esto— dijo

—No puedo— dijo el explorador —, ya le dije que no puedo leer esos planos.

—Mírelo con más atención, entonces. — insistió el oficial, y se acercó más al explorador, para que leyeran juntos.

El explorador no podía leer la inscripción. El oficial comenzó a deletrearla.

“Sé justo”, dice —explicó—, ahora puede leerla.

El explorador se agachó tanto sobre el papel que el oficial, temiendo que lo tocara, lo alejó un poco; el explorador no dijo absolutamente nada, pero era evidente que todavía no había conseguido leer una letra.

—“Sé justo”, dice —repitió el oficial.

—Puede ser— dijo el explorador —, estoy dispuesto a creer que así es.

—Muy bien— dijo el oficial, por lo menos en parte satisfecho, y trepó la escalera con el papel en la mano, con gran cuidado lo colocó dentro del diseñador y pareció cambiar toda la disposición de los engranajes; era una labor muy difícil, seguramente había que manejar rueditas diminutas; a menudo la cabeza del oficial desaparecía completamente dentro del diseñador, tanta exactitud requería el montaje de los engranajes.

Al ver que el explorador no lo apoyó, y, por tanto, verse perdido ante el nuevo comandante, el representante del antiguo orden decide someterse al aparato burocrático existente del nuevo comandante, exigiendo y llevando a cabo su reforma, de acuerdo con la norma “sé justo”, que deberá aplicarse a él. Además, el diseñador le va a escribir esa norma que él ha violado en el cuerpo. ¿Con que objeto? Ya la conoce. No necesita aprenderla con su cuerpo, ¿o sí? Para ello, rediseña totalmente el mecanismo de la máquina que mueve a la rastra.

Después de modificar el diseñador, comenzó el oficial a desabotarse el uniforme para ponerse en la cama, bajo la rastra. Al hacerlo, cayeron dos pañuelos de mujer, los que entregó al condenado, pues eran de él, regalos de las señoras que el oficial se había apropiado ilegalmente.

El explorador permanecía inmóvil, “se mordió los labios y no dijo nada”.

¿Cuál era la actitud del condenado?

Sobre todo el condenado pareció impresionado por la idea de este asombroso trueque de la suerte. Lo que le había sucedido a él, ahora le sucedía al oficial. Tal vez hasta el final. Aparentemente, el explorador extranjero había dado la orden. Por lo tanto, esto era la venganza. Sin haber sufrido hasta el fin, ahora sería vengado hasta el fin. Una amplia y silenciosa sonrisa apareció entonces en su rostro y no desapareció más.

El oficial se colocó. La máquina funcionaba a la menor indicación del oficial. . . . Apenas se cerraron las correas, la máquina comenzó a funcionar; la cama vibraba; las agujas bailaban sobre la piel; la rastra subía y bajaba. El explorador miró fijamente, durante un rato; de pronto recordó que una rueda del diseñador hubiera debido chirriar; pero no se oía ningún ruido, ni siquiera el más leve zumbido.

La culpa era indudable respecto del oficial. Todo lo dicho anteriormente, ahora se aplica al oficial. La rueda de la fortuna ha girado 180 grados y el administrador de un sistema se convierte en su víctima.

Mientras tanto, el soldado y el condenado comienzan una pequeña lucha por los pañuelos que el oficial le había devuelto al último, regalo de las damas de la colonia. El soldado se los había arrebatado y el condenado trataba de arrancárselos a su vez. “Así luchaban, medio

en broma”. Es el reparto del botín entre compañeros de una revolución. Además, comienzan a prefigurarse las relaciones de poder entre los nuevos amos. Para ellos, “aparentemente”, el explorador extranjero había dado la orden de que el oficial se sometiera a la máquina. El oficial sabía que el explorador, en su lugar, habría procedido de igual manera.

De pronto, se oyó un ruido, arriba en la máquina, en el diseñador.

Lentamente la tapa del diseñador se levantó y de pronto se abrió del todo. Los dientes de una rueda emergieron y subieron; pronto apareció toda la rueda, como si alguna enorme fuerza en el interior del diseñador comprimiera las ruedas de modo que ya no hubiera lugar para esta; la rueda se desplazó hasta el borde del diseñador, cayó, rodó un momento por la arena y luego quedó inmóvil. Pero pronto subió otra y otras la siguieron, grandes, pequeñas, imperceptiblemente diminutas; con todas ocurría lo mismo y siempre parecía que el diseñador ya debía estar totalmente vacío, pero aparecía un nuevo grupo, extraordinariamente numeroso, subía, caía, rodaba por la arena y se detenía.

El aparato se desintegraba cuando se trataba de ejecutar la norma “sé justo”.

La rastra no escribía, solo pinchaba, y la cama no hacía girar el cuerpo, sino que lo levantaba temblando hacia las agujas. El explorador quiso hacer algo que pudiera detener el conjunto de la máquina, porque esto no era la tortura que el oficial había buscado, sino una franca matanza. Extendió las manos. En ese momento la rastra se elevó hacia un costado con el cuerpo atravesado en ella, como solía hacer después de la duodécima hora. La sangre corría por un centenar de heridas, no ya mezclada con agua, porque también los canales del agua se habían descompuesto. Y ahora falló también la última función; el cuerpo no se desprendió de las largas agujas; manando sangre, pendía sobre el hoyo de la sepultura, sin caer. La rastra quiso volver entonces a su anterior posición, pero como si ella misma advirtiera que no se había librado todavía de su carga, permaneció suspendido sobre el hoyo.

El aparato burocrático quedó destrozado; no pudo sostener a la norma de la justicia. ¿Qué función desempeña esta justicia? Parece que es una norma de derecho positivo, de las que regulan la conducta

de la burocracia. Sin embargo, no es así, pues la máquina no la puede soportar, dado que el engranaje se rompe, bajo su presión. En esto solo podemos hacer conjeturas. La primera que se nos ocurre es la de si la máquina puede escribir tal norma. Por el resultado trágico, parece que no. ¿Será acaso que tal norma no existe? ¿Será que, aunque formulada, carece de sentido en tal aparato? Es cierto que de la narración no se puede extraer ningún contenido específico de tal norma. ¿Es posible que su contenido sea el representado por el nuevo orden del comandante en funciones? Sea cual fuere su significado, Kafka dice que la máquina de castigo reventó bajo la presión de tal norma. En consecuencia, si hay una afirmación y su juicio; el antiguo orden era injusto y su burocracia también lo era.

Pero la nueva norma, la justicia, tan sólo produce un mecanismo enloquecido, un animal mecánico reventado y el asesinato del oficial, de manera crudelísima, sin finalidad ulterior. Es la pura venganza, la masacre de un hombre. ¿La justicia de un orden revolucionario se traduce, tan sólo, en tal masacre? ¿Se trata tan sólo de una reacción feroz, igualmente inhumana? Parece ser que lo que Kafka quiso decir fué que todo Estado es injusto, que no respeta la dignidad humana, que es un aparato cruel. Pero, entonces, la bestia del anarquismo hace su aparición y, como todo anarquismo, presupone una utopía, la de un Estado social no coactivo.

Quizá, en el fondo, de lo que se trata es de enjuiciar indirectamente el castigo y mostrar su irracionalidad. El Estado es destruido por el propio Estado. No hay una salida no estatal a tal cadena de máquinas. Un Estado destroza otro Estado, con una “franca matanza” como dice Kafka, una ciega carnicería, pues el oficial no entendió nada de lo que programó en el diseñador. La rastra no escribió ninguna norma. ¿Es que no la había?; o habiéndola ¿no pudo ser escrita? Pero, entonces, ¿cuál fue el sentido de la muerte del oficial? La conclusión es la venganza. En el oficial no se produjo la comprensión que en los demás condenados aparecía a la sexta hora de tormento. Este muere ensartado, como las moscas por los niños crueles. Hay un detalle importante respecto del condenado, antes caninamente sumiso y desinteresado en su propio destino, incapaz de com-

prender su situación. Cuando la máquina comienza a funcionar, con la dulzura de un aparato nuevo, sobre el cuerpo del oficial, el condeñado “mostraba más animación, todo en la máquina le interesaba, de pronto se agachaba, de pronto se estiraba, y todo el tiempo mostraba algo al soldado con el índice extendido”. El diablo atormentado de Schopenhauer se convierte en diablo atormentador por la intervención, negada verbalmente, del gran archidiablo extranjero. Por su parte el explorador estaba decidido a permanecer hasta el final, por penosos que le parecieran los acontecimientos.

El explorador. . . en ese momento, casi contra su voluntad, vió el rostro del cadáver. Era como había sido en vida; no se descubría en él ninguna señal de la prometida redención, lo que todos los demás habían hallado en la máquina el oficial no lo había hallado; tenía los labios apretados, los ojos abiertos con la misma expresión de siempre, la mirada tranquila y convencida y atravesada en medio de la frente la punta de la gran aguja de hierro.

El castigo no redime, tan sólo hiere. No cambia al individuo, lo atemoriza.

Entonces, el extranjero, siempre de paso como una ave indiferente, quiso contemplar la tumba del antiguo comandante. Estaba en una confitería. Era pequeña, baja y simple. Tenía la siguiente inscripción:

Aquí yace el antiguo comandante. Sus partidarios, que ya deben ser incontables, cavaron esta tumba y colocaron esta lápida. Una profecía dice que después de determinado número de años el comandante resurgirá y desde esta casa conducirá a sus partidarios para reconquistar la colonia. ¡Creed y esperad!

Por lo tanto, no hay escapatoria; el hombre vivirá en el Estado, dominado por sus semejantes, y sometido a la máquina aterrorizante e inútil de la coacción ¿Es ésta toda la historia y sus diversas etapas consisten tan sólo en el estallido transitorio de la máquina coactiva, en una explosión de venganza ciega, para después, con otro

comandante, volver nuevamente a la instauración de la máquina del castigo? ¿De modo necesario la revolución francesa debe conducir al imperio? ¿La protesta democrática conducir al totalitarismo?

Mientras tanto, el extranjero partía, en un bote que el barquero ya había desatado del embarcadero. El soldado y el condenado querían que los llevara consigo. “Todavía podían saltar dentro del bote; pero el explorador alzó del fondo del barco una pesada sogá anudada, los amenazó con ella y evitó que saltaran”.

Así termina la descripción de lo acontecido en la colonia penitenciaria.